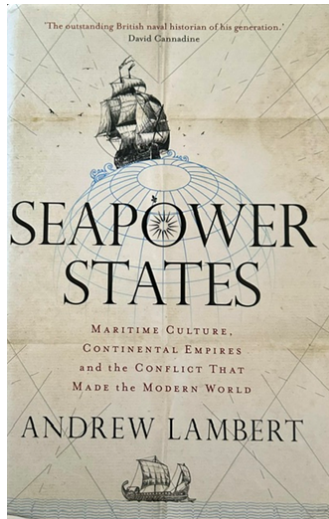




LECTURAS RECOMENDADAS. JUNIO 2026

Seapower States

Investigadores CEDESTRA



Fuente: **Andrew Lambert**. (Cátedra Laughton de Historia Naval, King's College, Londres). Yale University Press, New Haven and London, año 2018.

Resumen: Este libro resulta fundamental para comprender por

qué algunas naciones han dominado el mundo a través del mar, mientras que otras, pese a su poderío militar terrestre, no alcanzaron el mismo éxito. La obra de Andrew Lambert no relata la historia naval a la que estamos acostumbrados, la de los combates y grandes buques, sino que ofrece una historia cultural y política del poder marítimo, entendido como una identidad social, educativa e intelectual. Su aporte descansa en una distinción que el autor sostiene con rigor a lo largo de dos milenios y medio: el «poder marítimo» -escrito como una sola palabra, *seapower* donde designa bajo dicha denominación a un Estado cuya identidad política, económica, cultural y constitucional se organiza

de manera consciente y deliberada en torno al mar, por lo general como una estrategia de diferenciación frente a las grandes potencias continentales que lo amenazan.

Bajo este criterio exigente, Lambert reconoce únicamente cinco Estados marítimos en toda la historia: Atenas, Cartago, Venecia, la República Holandesa (Provincias Unidas) y Gran Bretaña. El rasgo que los une no es la posesión de una gran armada -de la que dispusieron numerosos imperios-, sino una combinación específica de factores: se trata de Estados de reducida extensión territorial, de vocación comercial y de estructura oligárquico-republicana, abiertos a las élites mercantiles, que optan por construir una identidad marítima y la desarrollan a través del arte, la arquitectura, la literatura y el mito político.

La fricción recurrente entre estos Estados marítimos y las «monarquías universales» o hegemonías continentales -Esparta y Macedonia frente a Atenas, Roma frente a Cartago, los Habsburgo y Napoleón frente a holandeses y británicos- constituye, para el autor, el motor que da forma al orden internacional moderno: más abierto, comercial y liberal. Lambert discrepa, de manera explícita, con Alfred Thayer Mahan, a quien

reprocha confundir el poder naval con el poder marítimo, así como con la dicotomía tierra/mar formulada por Carl Schmitt.

Lambert cuestiona la idea de que el poderío militar dependa únicamente de contar con un gran ejército. A su juicio, existe una distinción fundamental entre los «Estados marítimos» (*seapower states*) y los «Estados continentales». Los primeros no necesitan grandes ejércitos invasores: su poder reside en el comercio, la flota naval, la flexibilidad y la libertad. Los segundos, en cambio, fundan su poder en la tierra, en la conquista territorial, en el control de recursos fijos y en ejércitos masivos; tal es el caso de Esparta, Roma, Francia o la Alemania de las guerras mundiales.

El argumento central sostiene que los Estados marítimos no solo ganan batallas, sino que crean un sistema cultural que fomenta la innovación, la democracia y el intercambio global, valores que, según el autor, han moldeado la modernidad. El mar no es para ellos un simple cuerpo de agua, sino una estrategia: prosperan porque conciben el océano como una autopista que conecta al mundo, mientras que los Estados continentales tienden a verlo como una barrera o una amenaza.

El autor traza, además, una distinción reveladora: mientras los imperios terrestres consumen sus recursos en el intento de controlar por la fuerza personas y territorios, los Estados marítimos concentran sus esfuerzos en proteger las rutas comerciales y las ideas. Esta orientación tiende a fortalecerlos y a hacerlos más resilientes y adaptables. Lambert advierte, asimismo, que cuando un Estado marítimo olvida su cultura naval y empieza a comportarse como uno continental -al pretender dominar territorios por tierra en lugar de privilegiar la conectividad- suele dar inicio a su declive.

En su obra, el autor no incluye a España ni a Portugal dentro de la categoría de Estados marítimos, pese a que, a primera vista, ambos parecerían encajar en ella, ya que construyeron imperios a través de rutas oceánicas con flotas formidables. No obstante, quedan fuera de esa categoría porque emplearon el mar como medio y no como identidad. En el caso de España, el océano fue un instrumento para financiar las guerras dinásticas, mediante la Casa de Contratación y el transporte de plata: se trataba, en esencia, de una potencia terrestre dueña de un imperio de ultramar. Portugal, por su parte, fue una monarquía cuyo

comercio de especias funcionó como un monopolio y que nunca proyectó una sociedad mercantil con identidad marítima al estilo veneciano o neerlandés.

Conviene destacar, por último, que el autor refuerza su argumento central al aplicar la misma definición fuera de la categoría de Estados marítimos, a otros Estados, tales como: Francia, Rusia e incluso los Estados Unidos. A este último lo considera una potencia esencialmente continental dotada de una gran armada -una suerte de nueva Roma-, lo que pone de manifiesto que no basta con poseer una flota poderosa.

Recomendación: Se trata de una obra que desplaza la historia naval del plano operacional al plano cultural e identitario. Su marco conceptual es claro y ofrece a analistas y estrategas una herramienta interpretativa valiosa para reflexionar sobre la relación entre geografía, régimen político y proyección de poder. No obstante, la definición de Estado de poder marítimo resulta bastante restrictiva, pues parece concebida a la medida de los cinco casos elegidos. La exclusión de España y Portugal y, sobre todo, de los Estados Unidos es comprensible, aunque discutible. El principal reparo es que el texto parece organizado para que todo

gravite en torno a Gran Bretaña, presentada como el mejor ejemplo y la máxima expresión del concepto de Estado marítimo.

Este libro no es un manual de estrategia marítima y exige cierta familiaridad con autores clásicos como Mahan, o con referentes de la geopolítica como Mackinder y Schmitt. Constituye, así, una lectura obligada para comprender la verdadera naturaleza del poder marítimo, más allá de los tipos de buques de guerra y de las grandes batallas navales.

Se recomienda a los lectores con una base previa en historia naval y geopolítica. Está especialmente orientado a investigadores, analistas de defensa y oficiales de marina interesados en el pensamiento estratégico marítimo. Resulta también de provecho para cualquier persona interesada en la geopolítica o en la economía global, así como para quienes deseen comprender por

qué el comercio internacional y la libertad de navegación son pilares tan decisivos de la vida cotidiana. Su lectura permite, en definitiva, dejar de interpretar las noticias internacionales como hechos aislados y empezar a analizarlas como parte de una gran pugna histórica entre dos formas de entender el mundo: la conquista por la fuerza en tierra y la prosperidad por la conexión a través del mar.

General Ramón Cañas Montalva: Pionero de la Geopolítica en Chile

Francisco Sánchez Urra



laprensaaustral.cl

Fuente: **John Griffiths Spielman y Marcelo Masalleras Viola** (eds.), Santiago, AthenaLab, 2024, 375 págs. ISBN 978-956-9058-71-4.

Resumen: Cañas Montalva, el deber de volver a leer lo evidente

Hay libros que sorprenden por su novedad y otros que sorprenden por la urgencia de su recordatorio. El volumen que John Griffiths Spielman y Marcelo Masalleras Viola, ambos investigadores de AthenaLab, dedicaron al general Ramón Cañas Montalva (1896-1977) pertenece, sin duda, a la segunda categoría. No estamos frente a una biografía inédita ni ante una revelación documental: se trata de una cuidada compilación de escritos

del propio Cañas Montalva - dispersos durante décadas en la Revista Geográfica de Chile *Terra Australis*, en La Prensa Austral, en El Magallanes y en publicaciones especializadas- sumados a textos contemporáneos que analizan su figura. Y, sin embargo, este rescate hecho de retazos conocidos termina siendo una de las publicaciones más oportunas que se han hecho en Chile en materia de pensamiento geoestratégico durante los últimos años. Su mérito no consiste en decir algo nuevo, sino en obligarnos a reconocer que lo que el general dijo hace casi un siglo sigue siendo una hoja de ruta de notable vigencia para nuestros desafíos geopolíticos actuales.

Un hombre, una geografía, un destino

Cañas Montalva fue Comandante en Jefe del Ejército de Chile entre 1947 y 1949, durante el gobierno de Gabriel González Videla, y desempeñó un papel decisivo en la consolidación de la presencia chilena

en el territorio antártico, incluida la inauguración de la base "General Bernardo O'Higgins Riquelme" en febrero de 1948. Pero su biografía castrense, con ser relevante, no agota su importancia. Hizo gran parte de su carrera militar en Magallanes - como subteniente y posteriormente desde capitán hasta general de brigada- y desde ese extremo austral aprendió a mirar Chile con una óptica que muy pocos compatriotas suyos compartían entonces y, conviene decirlo, no muchos comparten hoy. Fue, en palabras del historiador Mateo Martinic recogidas durante la presentación del libro, un militar de excepción, un pensador y un hombre de futuro en su época.

Esa mirada desde el Chile Austral - no como periferia sino como bisagra continental, oceánica y polar- es la columna vertebral de toda su obra. Cañas Montalva fundó la revista *Terra Australis*, integró el Comité Antártico Chileno desde 1946, y asesoró geopolíticamente a las administraciones radicales entre 1938 y 1952. No fue un militar que escribiera ocasionalmente, sino un intelectual militar en sentido pleno, comparable en envergadura con los grandes geopolíticos sudamericanos de su generación.

La estructura del volumen

El libro, de 375 páginas, se organiza en cuatro capítulos principales más consideraciones finales y un epílogo. El primer capítulo recoge artículos del general sobre Chile, la zona austral y la Antártica, donde queda nítida su tesis sobre la soberanía efectiva del territorio antártico chileno, el valor estratégico de las rutas marítimas australes y el peso geopolítico que Chile obtiene de su posición meridional.

El segundo capítulo -quizás el más sorprendente para el lector contemporáneo- compila los textos en que Cañas Montalva anticipó, hace ya ocho décadas, el desplazamiento del eje geopolítico mundial desde el Atlántico europeo hacia el Asia-Pacífico, y la posibilidad de que Chile, gracias a su geografía, se convirtiera en una potencia del Pacífico Sur.

El tercer capítulo profundiza en la noción de "conciencia geográfica" como tarea del Estado y en la responsabilidad pedagógica de transmitir a la ciudadanía un sentimiento real de pertenencia respecto del territorio antártico.

El cuarto capítulo abre el volumen a otras voces, recogiendo textos de autores nacionales sobre la figura y vigencia del general.

El epílogo, una carta de su nieto Ramón Cañas Cambiaso dirigida al abuelo, da un cierre afectivo que aleja al libro del mero homenaje protocolar y lo acerca a una conversación intergeneracional sobre el país que Cañas Montalva imaginó y que aún no terminamos de construir.

Tres aportes que el libro pone otra vez sobre la mesa

Primero: la tesis del desplazamiento del eje geopolítico hacia el Pacífico. Como destacan los editores, ya en la década de 1930 -e incluso antes, en algunos escritos posteriores a sus viajes europeos de 1924- el general había identificado este traslado tectónico del poder mundial. No se trataba de una intuición vaga, sino de un análisis razonado sobre rutas marítimas, recursos, demografía y dinámicas imperiales. Leer hoy esos textos, cuando la disputa entre Estados Unidos y China en el Indo-Pacífico domina la agenda internacional y cuando Chile ha consolidado una vocación trans-Pacífica a través del APEC y de acuerdos comerciales con economías asiáticas, impresiona la capacidad de lectura de los cambios que se avecinaban.

Segundo: la tricontinentalidad de Chile. Mientras buena parte del

relato nacional acomodaba a Chile en el rincón sudoccidental de Sudamérica, Cañas Montalva insistió tenazmente en que el país era continental sudamericano, marítimo-oceánico, Pacífico y antártico al mismo tiempo. La idea de "Chile tricontinental" -hoy invocada con cierta naturalidad en documentos oficiales y en la diplomacia chilena- tiene en él a uno de sus formuladores más consistentes. A esto sumó su énfasis sobre el dominio chileno de los tres pasos interoceánicos australes (el estrecho de Magallanes, el canal Beagle y el paso Drake), un planteamiento que en su época podía parecer teórico y que las dinámicas de seguridad del Atlántico Sur, el valor de las rutas energéticas y la proyección austral, lo han transformado en una prioridad para el país.

Tercero: la conciencia geográfica como deber del Estado. Quizás el más original y, a la vez, el más exigente desafío planteado por Cañas Montalva. Para el general, la geopolítica no era ejercicio académico ni adorno doctrinal, sino herramienta de Estado. Los objetivos de política exterior, sostenía, debían establecerse en torno a una geopolítica nacional clara, y esa geopolítica solo era sostenible si existía un sentimiento real de

pertenencia territorial en la ciudadanía. La soberanía antártica, en particular, no podía descansar únicamente en bases militares y notas diplomáticas: requería que los chilenos entendieran que el Continente Blanco les pertenece tanto como Aysén o Atacama. Visto desde 2026, cuando se aproxima el horizonte de 2048 y la posible revisión del Protocolo Ambiental del Tratado Antártico.

Recomendación: Es justo reconocer una limitación que la propia obra no oculta: quien haya frecuentado los estudios geopolíticos chilenos no encontrará en este volumen tesis inéditas. Las ideas centrales de Cañas Montalva ya estaban en circulación, parcialmente recogidas por autores como Óscar Pinochet de la Barra, Julio von Chrismar o el propio Mateo Martinic. El mérito editorial de Griffiths y Masalleras no consiste, entonces, en descubrir un autor olvidado, sino en hacer dos cosas distintas y necesarias.

La primera es disponer en un solo volumen, y con criterio temático, un corpus que estaba disperso en publicaciones de circulación regional, números agotados de revistas y archivos de difícil acceso. Esto, que parece labor de mero copista, es en realidad un servicio considerable: convierte a Cañas

Montalva en autor leíble en una tarde, ordena cronológica y temáticamente su pensamiento, y lo pone al alcance no solo de oficiales y académicos, sino de cualquier ciudadano interesado en pensar Chile estratégicamente. La segunda es contextualizar ese pensamiento desde el presente, mostrando con sobriedad -y sin sobre-interpretación apologética- por qué un militar que escribió a mediados del siglo XX puede hoy ayudarnos a entender el escenario internacional que se está reconfigurando entre Washington, Pekín, Moscú y los actores emergentes del sur global.

Un libro para difundir

Difundir esta obra no es un acto de nostalgia, sino de fortalecimiento intelectual. Chile discute hoy su política antártica con miras al 2048, su inserción en el Indo-Pacífico, el rol estratégico de los pasos australes ante el deshielo y las nuevas rutas marítimas, la militarización del Atlántico Sur por parte de actores extracontinentales, y la sostenibilidad de su zona económica exclusiva. Todas estas conversaciones se enriquecen aunque "no diga nada nuevo".

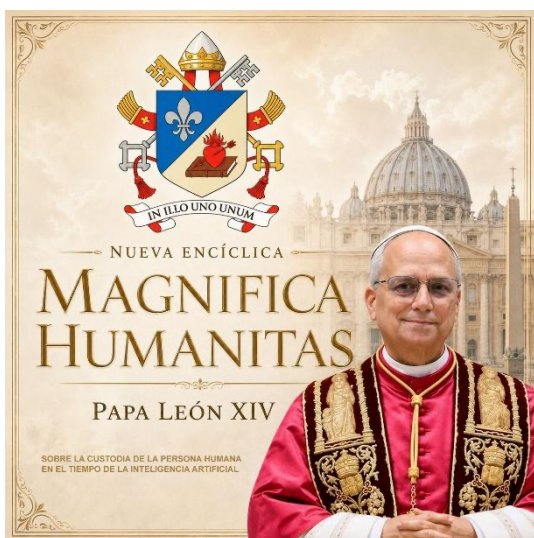
Es relevante que el libro se lea fuera de los círculos uniformados, que llegue a estudiantes de relaciones

internacionales, a periodistas, a parlamentarios, a profesores de geografía, y a esa "ciudadanía geográfica" que el general soñó.

Porque la mejor manera de honrar al pionero no es citarlo, sino hacer lo que él pedía: pensar Chile con la mirada larga que su geografía exige.

Magnifica Humanitas

Investigadores CEDESTRA



www.cofradiasietepalabras.org

Fuente: **S.S. Papa León XIV**. Sobre la protección de la persona humana en la era de la inteligencia artificial. Disponible en: <https://www.vatican.va/content/leo-xiv/en/encyclicals/documents/20260515-magnifica-humanitas.html>

Resumen: la encíclica plantea un diálogo “con los hombres y mujeres de nuestro tiempo” (n. 2), lo que en lenguaje eclesial representa un alto

nivel de apertura, y no lo hace desde cualquier lugar, encuentra, además de los evangelios, una roca firme para estructurar el documento en la *Rerum Novarum* de León XIII.

La citada encíclica le permite escudriñar un fenómeno profundamente humano: la técnica.

Las manifestaciones actuales que atraen la preocupación pastoral del Sumo Pontífice son, principalmente, la digitalización, la inteligencia artificial y la robótica.

Estos fenómenos los asocia, durante toda la obra, a dos caminos posibles: la construcción de una nueva Babel o la construcción de una nueva Jerusalén. La primera representa la búsqueda de la homogeneización y está condenada a la pérdida de la comunicación. “Sacrifica la dignidad de las personas en aras de la eficiencia...” (n. 7).

La nueva Jerusalén la plantea siguiendo el camino de Nehemías, que en su época supo reconstruirla luego de que el pueblo había sido condenado a un largo exilio, quien “convoca a las familias, confía a cada una un tramo de muralla (...), escuchas los temores, coordina los esfuerzos y hace frente a las oposiciones” (n. 8), plantea una responsabilidad compartida.

El Papa invita a que “no temamos ensuciarnos las manos en la obra de nuestro tiempo” (n.16), para alcanzar el bien común, iniciando procesos de bien que maduren, para alcanzar una verdad “que no teme a la diversidad, sino que la acoge y la ordena” (n. 25).

Justamente, se plantean tres principios para concretar este orden: “la exigencia de que el derecho prevalezca sobre el interés, la conciencia de que las disparidades económicas son terreno fértil para las tensiones y la violencia, y el valor de un tejido asociativo capaz de mediar entre el individuo y el Estado” (n. 32).

Cuando no se respetan dichos principios se produce una desintegración del tejido social, una “guerra mundial a pedazos” y una “globalización individualistas”, fenómenos que nos afectan.

Entre las ideologías que empujan al mundo a estos efectos indeseables, León XIV apunta, particularmente, a las que sugieren “que toda persona debe ganarse o justificar su propio valor, hasta el punto de atribuir mayor valía a quienes son más eficientes y productivos. En semejante perspectiva, la persona termina reduciéndose a un medio para obtener resultados, a un recurso para ser usado y explotado, y no es reconocida como un fin en sí misma, jamás instrumentalizable” (n.51).

La Iglesia tiene, como parte de su tarea permanente, fomentar la búsqueda del bien común, que los diversos intereses se armonicen con justicia, sin dejar atrás a los más débiles.

A su vez, se invita “a pensar en formas de cooperación y de instituciones internacionales más eficaces, capaces de cuidar el bien común global (n. 64).

En cuanto al destino universal de los bienes, se apunta, como es tradicional, a sostener la vida de todos, considerando a las futuras generaciones.

Sin embargo, la función social de la propiedad alcanza otros ámbitos que se destacan aquí: patentes,

algoritmos, plataformas digitales, infraestructuras tecnológicas (n. 67).

Se aborda el principio de subsidiaridad en el marco de la era digital.

Parte de la premisa de que hoy el Estado no está a la cabeza de dichos procesos, sino que actores económicos y tecnológicos.

El Papa sostiene que es importante que estos “procesos no se impongan desde lo alto de modo opaco y unilateral, sino que estén orientados al bien común mediante la transparencia, la responsabilidad y las formas reales de participación (n. 71).

La solidaridad también es promovida en el ambiente digital, ya que a su juicio requiere “que las decisiones en materia de datos, algoritmos, plataformas e IA tengan en cuenta no sólo el beneficio inmediato de algunos, sino el impacto de todos los pueblos y en las generaciones futuras” (n. 76).

En cuanto a la justicia social, sigue la posta de Francisco sobre la denuncia de la “cultura del descarte”, la que se podría agudizar en el contexto actual.

Al respecto se señala que “un orden social justo en la era digital es aquel que garantiza a todos un acceso

igualitario a las oportunidades, protege a los más pequeños y a los más frágiles, se opone al odio y a la desinformación y somete a control público el uso de los datos y de las tecnologías, de modo que el criterio no sea solo el beneficio sino la dignidad de cada persona y el bien de los pueblos.

Respecto a la inteligencia artificial, se reconoce la dificultad de decir cualquier cosa porque cambia muy rápido, y se señala que sabemos muy poco sobre su funcionamiento efectivo.

Valora el aporte que constituye para la humanidad, pero también los peligros de que algunos busquen usarla para superar al humano (poshumanismo y transhumanismo).

A su vez, esta tecnología implica una fuerte presión ecosistémica, especialmente por el uso del agua.

Advierte una posible dictadura tecnocrática, ya que podrían terminar por imponer reglas formuladas “por quienes poseen datos, infraestructuras y capacidad de cálculo” (n. 106).

En este punto viene un muy potente mensaje de León XIV: Desarmar la IA, lo que “significa sustraerla de la lógica de la competencia armamentista, que hoy ya no es solo

militar sino económica y cognitiva” (n. 110).

Culmina este capítulo con una frase muy asertiva: “la construcción de Babel o la de Jerusalén comienza en cada uno de nosotros” (n. 130).

Se destaca que la búsqueda de la verdad es esencial para la democracia, así como los peligros que entraña el desinterés por la misma. En este sentido se recurre a Hannah Arendt quien sostenía que los súbditos ideales no eran los ideológicamente convencidos, sino “las personas para las que ya no existe la distinción entre el hecho y la ficción” (n. 134).

Su Santidad también cree imperativo proteger a los niños y jóvenes de la seducción de la máquina perfecta, que acentúa su fragilidad y favorece la adicción, así como el aislamiento extremo, el acoso y el ciberacoso, la presión por compartir imágenes íntimas o datos sensibles.

La educación atraviesa retos como la igualdad en el acceso a la educación básica y superior; la formación continua de los docentes para que “sepan dialogar de manera positiva con las nuevas tecnologías” (n. 145), así como estimular “un auténtico pensamiento crítico y creativo” (n. 146).

En materia del trabajo, se aboga por sistemas “centrados en la persona y no sólo en el rendimiento” (n. 149).

“Toda introducción de automatización y de IA debería ir acompañada de medidas verificables de protección del empleo, de recualificación y de participación de los trabajadores, para que la tecnología se oriente a liberar tiempo y capacidades humanas, no a generar exclusión (n. 156).

El último capítulo sigue la estructura dual con que comenzó la encíclica. Aquí se enfrenta la cultura del poder con la civilización del amor.

La polarización de las redes sociales y los sesgos de los algoritmos con la base para generar “narrativas simplistas, lógicas de amigo-enemigo, desinformación y miedo” (n. 192).

En los conflictos armados también ha irrumpido la IA, por lo que el Papa promueve límites éticos a su uso.

Debe haber un juicio moral involucrado. “La cadena de responsabilidad debe seguir siendo identificable y verificable; quienes planifican, entrenan, autorizan y emplean deben poder rendir cuentas de su decisiones. El segundo criterio se refiere al tiempo del juicio moral

(...) El tercer criterio es la distinción y la protección de los civiles” (n. 199).

Se manifiesta una preocupación por la crisis del multilateralismo, que ha dado paso a “un multipolarismo desordenado y conflictivo, donde prevalece la desconfianza hacia el otro” (n. 201).

El paradigma propuesto es la civilización del amor, a la que todos estamos llamados a ser protagonistas y, recurriendo a Tolkien, lo expresa del siguiente modo: “No nos atañe a nosotros dominar todas las mareas del mundo, sino hacer lo que está en nuestras manos por el bien de los días que nos ha tocado vivir, extirpando el mal en los campos que conocemos y dejando a los que vendrán después una tierra limpia para la labranza” (n. 213).

Cerrando el último capítulo, el Papa invita a desarmar las palabras, a “decir no a la guerra de las palabras y las imágenes” (n. 214).

La paz y la justicia están estrechamente relacionadas. ¿Quieres encontrarte con la paz? Practica la justicia, nos recuerda el Papa.

El Sumo Pontífice también nos invita a cultivar un sano realismo.

“El realismo auténtico no renuncia a cambiar el mundo: comienza por ver con claridad los intereses, los miedos, las limitaciones y las relaciones de poder, precisamente para calcular qué es posible lograr y con qué pasos” (n. 218).

El Santo Padre destaca la necesidad de la diplomacia y el multilateralismo, así como evitar que el ciberespacio siga siendo un terreno de enfrentamiento.

“Por eso hace una diplomacia capaz de operar también en un nuevo entorno, negociando reglas compartidas sobre el uso de las tecnologías digitales, protegiendo a los civiles y a los más vulnerables de formas de violencia invisibles, pero no por ello menos reales” (n. 225).

Es necesario abandonar visiones individualistas del hombre y la técnica. La realidad es más que materia para moldear según intereses egoístas. La invitación, siguiendo a Francisco, es a un “antropocentrismo situado” (n. 237).

“...Ver la historia con la mirada de los pequeños y no con la perspectiva de los poderosos; para interpretar los acontecimientos de la historia desde la perspectiva de la viuda, del huérfano, del extranjero, del niño herido, del exiliado, del fugitivo” (n.

Recomendación: desde el inicio de su pontificado era claro que estaba llamado a ser un continuador de la obra del Papa León XIII, pero también lo es de Francisco, Benedicto XVI y de una sucesión apostólica que se inicia con Pedro pero, en lo que aquí directamente nos atañe, lo es de quienes participaron del corpus doctrinal denominado Doctrina Social de la Iglesia.

Renovación y cambio, son elementos siempre presentes en las encíclicas y, en específico respecto de aquellas con un claro acento social. Todo comienza con la *Rerum Novarum* (De las Cosas Nuevas).

Las cosas nuevas de aquel tiempo estaban ligadas a la industrialización y, las de hoy, a los cambios tecnológicos principalmente empujados por la inteligencia artificial.

Lo que aquí se plantea, no es nuevo, lo que cambió, principalmente, es el contexto, es la lucha contra la cultura del descarte, la competencia sin límites, tanto entre individuos como entre naciones, un falso realismo que empuja a pensar que este cuadro es objetivo, volviendo inevitable la presión por recursos naturales en el planeta y la guerra como medio de resolución de conflictos.

Esta encíclica entrega claridad en tiempos oscurecidos por la violencia dialéctica en redes sociales, noticias falsas, agendas impulsadas por algoritmos y Estados que recurren a la fuerza en vez de buscar influir, positivamente, en la agenda multilateral (que fue parte de los pilares de la gobernanza creada tras la Segunda Guerra Mundial).

Se propone la construcción de un mundo en que la cultura del poder ceda frente a la civilización del amor, en que se respete la dignidad humana, se promueva el bien común y el destino universal de los bienes, el principio de subsidiaridad, la solidaridad de la justicia.

El llamado es a todos, aunque es evidente que es indispensable que lo hagan los tomadores de decisiones, dada la velocidad de los cambios y los estrechos vínculos que se generan en este mundo globalizado. De tal modo que se logre “transformar esta interdependencia padecida en una solidaridad deseada y elegida” (n. 187).

